
Los Catorce Millones De Víboras Del Señor Casado

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9076

Título: Los Catorce Millones De Víboras Del Señor Casado

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento, Crónica, Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 28 de julio de 2026

Fecha de modificación: 28 de julio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Los Catorce Millones De Víboras Del Señor Casado

En el Alto Paraná, sobre la barranca misma del río, existe o existía un cementerio que alojaba diez y siete cadáveres. De quince de estos cadáveres, eran causantes las víboras.

Sufriría yerro, sin embargo, quien creyera que este terrible porcentaje de muertes por el veneno ofídico, es en aquella zona el régimen normal. Las víboras no constituyen un peligro mayor que el de tantas circunstancias sombrías de la existencia, aquí como allá. La víbora de cascabel, con todo y ser la más peligrosa bestia de la familia, dista mucho de abundar hasta el extremo de erigirse como una cruz alquitranada, en el confín de todos nuestros pasos. Las estadísticas más avanzadas conceden apenas dos o tres víboras a cada hectárea de bosque. De estas tres víboras, dos son yararás, y la otra es una serpiente de cascabel.

Ahora bien: como una legua de bosque tiene dos mil quinientas hectáreas, el feliz poseedor de una legua de bosque virgen (el señor Carlos Casado poseía dos mil), se halla también ser poseedor de siete u ocho mil mortales víboras, discretamente diseminadas por la finca.

Este es el anverso del país tropical. El reverso difiere también, conforme lo veremos.

No es un hombre cualquiera quien puede gozar de tales misterios ocultos en una hectárea —digamos una manzana— de monte virgen. Dichas tres víboras, dos yararás y una cascabel, están exclusivamente reservadas al peón de obraje y al plantador nativo de maíz, que escudriñan, rozan y echan abajo el monte. Ellos, pues, y solamente ellos, encuentran fatalmente las tres víboras.

Pero el rozado ese requiere un mes —y tal vez dos— de tiempo. En el plazo de treinta días de trabajo continuo, el hombre ha puesto al

descubierto con la punta del machete tres víboras: digamos una por semana. Con más frecuencia, sobre el asfalto o el macadam, hallamos, en la trayectoria de nuestro destino, un auto, un cable caído, una motocicleta.

En lo que concierne a la víbora de cascabel, llama la atención las anomalías de su hábito. Se la ve aquí a cada instante, y años después, sin causa visible a qué atribuir esa desaparición, no es posible hallarla, ni viva ni muerta.

Durante los veinte años que Azara recorrió Paraguay, Misiones y Corrientes, no halló una sola. En los desmontes recién quemados, al despejarse la cerrazón matinal, suele vérselas estiradas sobre los troncos, calentándose al sol.

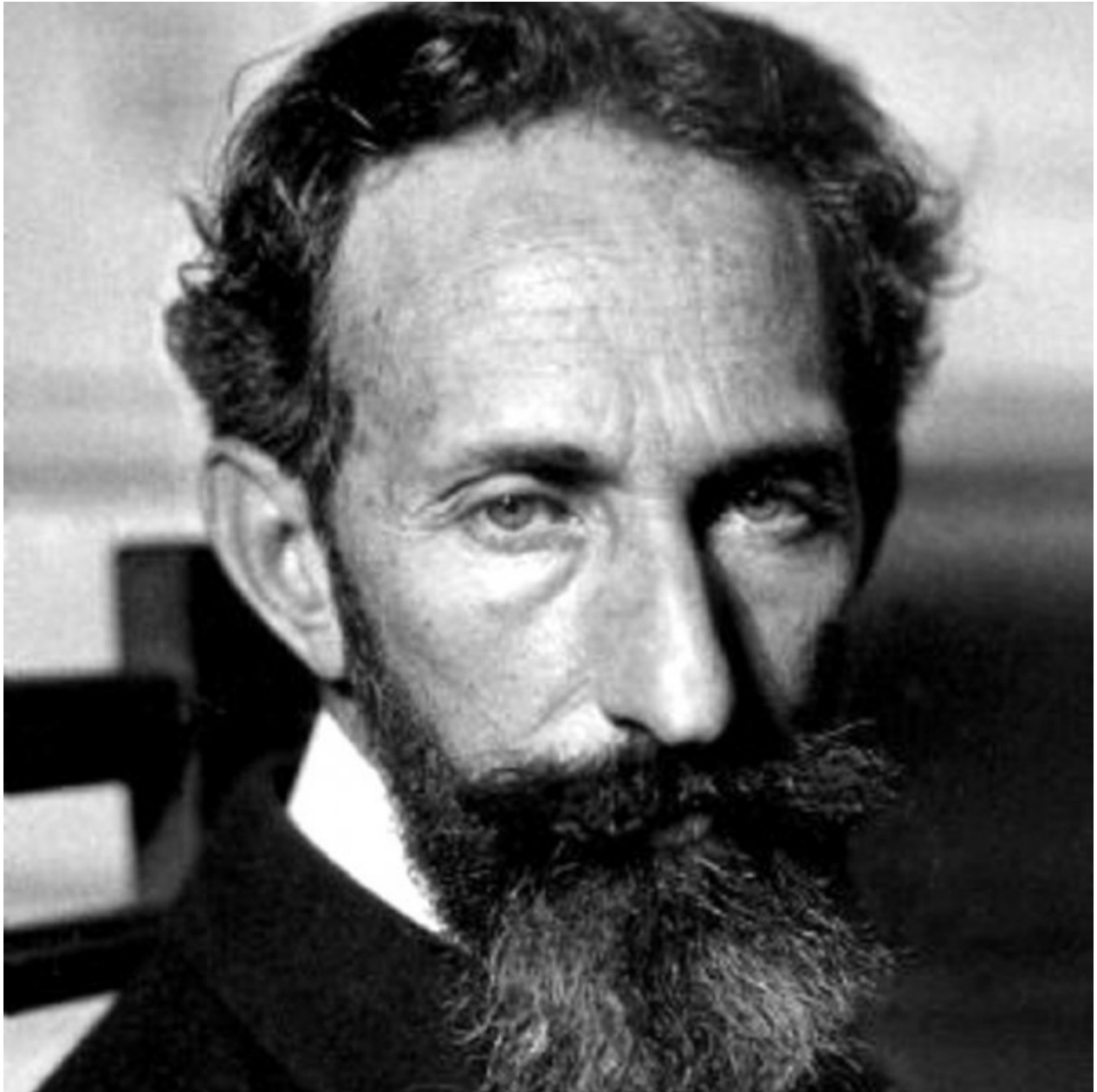
En casa, a principios de nuestra primera primavera en el Chaco, tuvimos la sorpresa de hallar dos, en el breve tiempo de tres minutos.

Hallamos a la primera arrollada a la orilla del Saladito, ya al crepúsculo, justamente donde pensábamos asentar el pie de trípode. Entonces no teníamos idea del ruido que produce su cascabel. Al sonar entre nuestros pies, creíamos que fuera el chirrido de ciertas langostitas verdes, muy abundantes en la noche. No pudiendo precisar la procedencia del chirrido, nos bajamos casi hasta tierra, a observar aquella torta oscura de que parecía provenir.

Cinco minutos después, al entrar en casa, hallamos en medio de la pieza, arrollada y solitaria sobre el piso frío, otra víbora de cascabel.

Esto pasaba el primer día de primavera. Durante nuestros dos años de Chaco, sólo vimos otro ejemplar. Y éste fue asimismo indispensable que lo fuéramos a buscar a su propia casa.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)